EL SANTUARIO - MONASTERIO DE VALVANERA EN LA RESTAURACION BENEDICTINA DEL SIGLO XIX

A la memoria de Fernando Caldero Martín, cronista de Ecija, como las altas torres de su ciudad del sol enamorado de la belleza y la magnificencia sacras que tan buenos cultores tuvieron en la familia benedictina.

Antonio LINAGE CONDE

La exclaustración es un fenómeno que se produce en Europa Occidental entre 1790 -Francia- y 1870 -Estados Pontificios incorporados al reino de Italia[1]. Tan dilatado período determina que mientras la misma se da en algunos territorios, en otros se esté ya en el de la restauración. Así, cuando aquélla tiene lugar en España, 1835, hacía cinco años que ésta estaba en marcha en Baviera, con la abadía de Metten, y dos del principio en Francia de la de Solesmes. Y la fatídica fecha para nosotros coincide para la Baviera dicha con el comienzo de la construcción de la grandiosa basílica de San Bonifacio de Munich, monasterio benedictino fundado *ex novo* por el rey Luis I.

Y conste que cuando hablamos de restauración lo hacemos excluyendo los supuestos de inmediatez a la exclautración motivadora de la misma. Pues si éstos se quedaron en tentativas, es obvio que no llegaron a restauradores. Tal en Francia la del abad Lombart que trató de evitar la extinción de la Congregración de Sainte Vanne, en Saint Jean-du-Mont, en 1801. Y en los otros casos, si los tales triunfan, es en los pocos territorios[2] donde puede hablarse de continuidad de la vida monástica, y el fenómeno en que para ellos hay que pensar es más bien el de una falta de consumación de la exclaustración[3].

Mas lo cierto es que la restauración fue una realidad. Y si en 1836 Balzac, en una de las novelas de su Comedia Humana, *La vieille fille*[4], habla de los abades como de una de «las grandes cosas» olvidadas ya de unos tiempos definitivamente idos, todavía en el mismo siglo XIX la misma Francia volverá a conocer algunas formidables figuras abaciales dignas de los mejores tiempos. Y entre

1 Prescindiendo de sus antecedentes parciales en el antiguo régimen, algunos tan graves como el josefismo en Austria.

2 Suiza y Austria sobre todo.

3 Véase, por ejemplo, J. SALZBERGER, *Diplomatische Tastversuche bei der Wiedererrichtung des kloster Einsideln im Jahre 1807*, en «Maria Einsideln», 83, (1977-8), 91-3. Einsideln había sido suprimido en 1798, pero en 1802 el abad retornó de su exilio austríaco, y desde 1803 consiguió se mantuviera en el monasterio la vida normal sin ni siquiera derogar ni mencionar el decreto de supresión.

4 Ed. «La Pléiade», (París, 1958); tomo IV de la obra completa; p. 221.

nosotros, Ramón Otero Pedrayo, al prologar la obra monumental del Hipólito de Sá Bravo sobre *El monacato en Galicia*[5], no sólo había de añorar la melancolía de las ruinas sino los ecos del presente, como al recordar los versos de Ramón Cabanillas quien «discípulo del tiempo y de las horas milagrosas de Armenteira, fue digno también de componer el poema *Samos*[6] de la existencia monástica» de modo que «el viejo y noble cantor de *A rosa da con follas* pudo, gracias al íntimo candor de su alma, rica de aprisionadas alboradas, con la extática emoción de un novicio, lograr allí una compensación de tantos animados y olvidados claustros»:

Surde a «prima», o brilante e xubiloso
«Iam lucis orto sidere», pregante
de benzón e de axuda no costante
trafego do traballo fadigoso.

Aquí vamos a tratar de un caso de la restauración benedictina[7], por lo cual prescindimos desde ahora de todas las demás[8], no sólo de las de la vida religiosa *in genere* sino también de la monástica *stricto sensu* pero no de benedictinos negros.

La exclaustración de 1835 sorprendió al monasterio de Valvanera, sede de uno de los santuarios marianos de más devoción[9] en el país riojano de su emplazamiento[10], en una etapa de reconstrucción tan afortunada como no era corriente

5 I (La Coruña, 1972), pp. 9-18.

6 (Vigo, 1958); II de las «Obras completas» (Madrid, 1979), pp. 243-96.

7 La mejor síntesis de la misma es la de D. REES, *The Benedictine Revival in the Nineteenth Century* (=pp. 282-307 de «Benedict's Disciples. Edited by David Hugh Farmer»; Leominster, 1980). También, R. AUBERT, *La restauration monastique dans l'Europe Occidentale du XIX siécle*, en «Revuel Bénédictine», 83, (1973), 9-32.

8 V. CARCEL ORTI, *Lenta restauración de las órdenes religiosas en la España del siglo XIX*, en «Ephemerides Carmeliticae», 31, (1980), 431-538.

9 Patrona principal de la diócesis de Calahorra - La Calzada desde 1965.

10 Monografías: G. BRAVO DE SOTOMAYOR. *Historia del santuario de Valvanera* (Logroño, 1610); B. RUBIO, *Historia del venerable y antiquísimo santuario de Nuestra Señora de Valvanera en la provincia de La Rioja* (Logroño, 1761); H. CASAS, *Historia de Valvanera* (Zaragoza, 1896); A. URCEY, *Historia de Valvanera* (Logroño, 1906); T. MINGUELA, *Valvanera, imagen y santuario* (Madrid, 1919); M. RUIZ, *Valvanera. Manual histórico del santuario-monasterio, de sus más remotos tiempos hasta nuestros días* (Logroño, 1931); A. PEREZ ALONSO, *Historia de la real abadía-santuario de Nuestra Señora de Valvanera en La Rioja* (s.l., 1971. A las pp. 7-23, más bibliografía y elenco de fuentes; y a las pp. 441-524, transcripción y re-traducción de la versión latina que el abad Domingo Castroviejo hizo en 1419 de la historia de Valvanera en castellano del abad Juan Sánchez, escrita en el siglo XIII y perdida, empresa que mejora la equivalente llevada a cabo por Minguela en su libro). Obras generales: A. de YEPES, *Corónica general de la Orden de San Benito*, I (Irache, 1606), ff. 284 y siguientes; G. de ARGAIZ, *La soledad laureada por San Benito y sus hijos en las iglesias de España*, VII (Madrid, 1675), ff. 352 y 362-3; y M. DIAZ Y DIAZ, *Libros y librerías en*

por aquellas fechas. Había sido precedida por otra exclaustración, la de 1820, anulada la cual en 1824 sólo contaba la comunidad con cinco monjes de coro y dos legos, en tanto que en 1835 ya los de coro eran veintiuno y vivían un plan de reconstrucción ambiciosa. Como si tuvieran porvenir los esplendorosos días barrocos que habían permitido al abad Benito Rodríguez para edificar la nueva hospedería «deshacer de un monte entero las cuestas a fin de que quedase capacidad a otro monte de hermosura y habitación» y colocar en la iglesia «un órgano con la mayor diversidad de registros y músicas».

Pero ni uno solo de los monjes logró permanecer en la casa, si bien algunos se quedaron al cargo de parroquias vecinas. Y la misma imagen de la Virgen fue trasladada a la iglesia del pueblo de Brieba el 18 de diciembre de 1839[11], aunque algunas romerías siguieron subiendo al monte de ella despojado.

La restauración de la vida monástica en la casa se haría esperar, hasta 1883, tres años después de que una comunidad francesa se instalara en Silos y algunos exclaustrados supervivientes en Samos.

Pero la empresa equivalente de Valvanera no vino de ninguna de esas dos, sino del otro monasterio benedictino ya vuelto a la vida en España con mucha anterioridad, el de Montserrat.

Y habiéndonos salido al paso uno de los tipos de la restauración monástica, la llevada a cabo por los antiguos monjes expulsados de sus casas y forzados a llevar mientras las circunstancias no cambiaron una vida secular, teniendo en cuenta que los mismos desempeñaron en la de Valvanera, como veremos, también su papel, nos parece oportuno aludir a su caso y cotejarle con otros divergentes o más bien diversos, tal el de don Próspero Guéranger[12] quien al acometer la restauración de la vida benedictina en el antiguo priorato de Solesmes, llamado a tan altos destinos no sólo en su familia religiosa sino también en la cristiandad *tout court,* no había visto ni un monasterio benedictino viviente y no llegó a hacer noviciado alguno en el momento de profesar y consumar su fundación.

El mismo Otero Pedrayo, antes citado, ha evocado la existencia del tipo humano del exclaustrado: «deslumbrado y errante, confuso entre las gentes, sin encontrar cobijo que remplazara la vida claustral, para unas conciencias reproche vivo, para otras fantasma de su pasado, sentido por el sentimiento romántico con la melancolía de las ruinas; siempre cual nómadas o desterrados en su propia tie-

La Rioja altomedieval (Logroño, 1979), pp. 87-96. De las fuentes haremos constar la edición por M. LUCAS ALVAREZ del *Libro becerro del monasterio de Valvanera,* en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», 4, (1951), 451-647 (sobre ella véase I.M.GOMEZ en el núm, 64 de «Berceo», 1952, 265-9).

11 Véanse las pp. 331-6 de la historia de Núñez Alonso citada en la nota anterior.

12 A. des MAZIS, *La vocation monastique de dom Guéranger. Milieu et influences,* en la «Revue benédictine», 83, (1973), 119-80.

rra al estar privados de la ley, amparo y tradición del claustro; pasando como sombras por las novelas de Galdós y de Valera, las crónicas de *Los españoles pintados por sí mismos*, los recuerdos artísticos de Quadrado y Piferrer y la acerba caricatura de Ortego», de manera que «los españoles de hace un siglo podían a cada paso comprobar la verdad del adagio antiguo de que quien saca al pez del agua y al monje del claustro los mata»[13].

Sin embargo, a la fuerza los exclaustrados acabaron por adaptarse a una vida que siempre implicaba el disfrute de una libertad no constreñida por la observancia regular y que en muchos casos les había dado oportunidad para conquistar buenos puestos en la carrera eclesiástica. De ahí que la persistencia en los mismos del ideal monástico y el protagonismo por ellos de la restauración monasterial[14] supongan a veces cierto heroismo y digan alto del nivel espiritual a que había llegado su anterior existencia claustral. Tanto más si la restauración y la exclaustración están muy separadas en el tiempo, como fue el ejemplar caso de Samos, nada menos que cuarenta y cinco años, con lo que ello lleva consigo de envejecimiento biológico y sumisión ambiental a la nueva constumbre[15]. Además, la tan larga supervivencia del bastante número de monjes para la consumación de dicha empresa, era la consecuencia de lo elevado de su número en la etapa anterior, detalle que también abona el buen estado de la tal precedente vida monástica. Comparemos con la Congregación de Baviera, sin que ello entrañe un precipitado juicio peyorativo de valor para ésta. Suprimida en 1803, cuando en 1827 fue restaurado su monasterio de Metten, sólo quedaban seis monjes de toda ella, casi todos viejos y enfermos, de los cuales únicamente dos entraron en la nueva comunidad[16].

Mas habiendo sido la restauración de Valvanera llevada a cabo por la comunidad ya plenamente restaurada de Montserrat, antes de seguir por estas vías,

13 *Vida del doctor don Marcelo Macías y García, presbítero, príncipe de la oratoria y del diálogo, de la cátedra y de la ciencia histórica. 1843-1941*. (La Coruña), pp. 23-4. Nosotros hemos reconstruido los pasos de uno de ellos, *En torno a unas visitas del obispo benedictino de Segovia, fray Rodrigo Echevarría y Briones, a las cofradías de Sepúlveda (1859)*, en «Berceo», núm. 99, (1980), pp. 14-8 y 27-9.

14 Esta persistencia se manifestó en otros casos en la emigración de los exclaustrados a monasterios extranjeros. Recordemos que dos españoles, Rosendo Salvado y José Serra, profesos de San Martín Pinario en Santiago de Compostela y refugiados en el cenobio de Cava dei Tirreni, en el reino de Nápoles, fueron los protagonistas de la misión australiana de Nueva Nursia, toda una epopeya de la edad contemporánea.

15 M. ARIAS, *El monasterio de Samos en la época de la exclaustración*, en «Archivos Leoneses», núms. 59-60, (1976), 81-144.

16 Roman Raith, del mismo Metten, e Ildefonso Nebauer, del priorato de Andechs, que luego fue ecónomo de Straubing. De ahí el papel decisivo que en la restauración jugó la buena disposición del obispo de Ratisbona, Sailer, de intensa devoción benedictina, muy influyente con el rey Luis I, ultramontano, y para colmo de ventura contaba en su diócesis con exceso de clero.

procede nos ocupemos del caso concreto de la tal matriz catalana[17].

La restauración de ésta fue tan temprana, iniciada antes de cumplirse los diez años de su exclaustración, que más bien podríamos predicar de la misma esa excepcional continuidad a que antes nos referíamos. Y ni que decir tiene que en los dichos casos, a la fuerza correspondía a los exclaustrados, que por otra parte ni siquiera habían llegado a serlo del todo, el papel decisivo.

Pero hay que tener en cuenta que ese el nuevo y más temprano Monserrat no volvió a la vida como tal monasterio benedictino, pues las dificultades para ello seguían en pie, sino disfrazado a guisa de una comunidad de capellanes al servicio cultural del santuario, con lo que ello implicaba de reducción de sus miembros y acomodamientos contingentes a lo precario de la misma situación jurídica, no ya sólo en el plano civil sino también en el canónigo[18]. Por otra parte se plantearon problemas graves, pródigos en ciertos enfrentamientos incluso, a propósito de la continuidad o no con la precedente Congregación de Valladolid[19], cuyo desenlace fue el consumarse de la extinción de ésta, adscribiéndose Montserrat y los demás monasterios de fundación española a la italiana de Subiaco[20].

De ahí que a diferencia de la de Samos, la empresa de Montserrat no pueda catalogarse como integralmente debida al esfuerzo de los exclaustrados sin más. Un detalle sintomático es la procedencia de su segundo abad, José Deás, elegido en 1885, sólo cinco años después de la restauración de Samos por los exclaustrados, pero que ya no era un exclaustrado sino un sacerdote secular nacido en la diócesis de Gerona y además dos años después de la expoliación de Mendizábal. Y no se trataba, insistimos, de una casualidad. Pues desde los principios, al restaurador y primer abad, Miguel Muntadas, se le fueron yendo la mayoría

17 Ya aportó muchos datos a ella A.M. FRANQUESA, *75 anys de patronatge de la Mare de Déu de Montserrat* (Montserrat, 1958). Después ha manejado mucha documentación archivística y es exhaustivo en la bibliografía J. MASSOT, *Els creadors del Montserrat modern. Cent anys de servei a la cultura catalana* (Montserrat, 1979). La segunda parte del título denota su enfoque.

18 El obispo de Vich fue nombrado administrador apostólico del territorio *nullius* -tal hasta su abolición, dentro de las demás jurisdicciones exentas, en 1874- de Montserrat. Durante la etapa de la convivencia en el santuario de monjes y clérigos seculares -cierto que por la falta de aquéllos, no dispuestos a la reintegración claustral- una de las medidas del tal ordinario fue la sujeción de los benedictinos a los curas, sobre todo en el rezo.

19 J. MASSOT, *El abad Miguel Muntadas y la restauración monástica en la Península Ibérica*, en «Studia Monastica», 17, (1975), 73-91. Notemos que a pesar de la nomenclatura geográfica elegida para su título, no se refiere en absoluto a Portugal, ni hubiera podido hacerlo teniendo en cuenta la total independencia del problema restaurador benedictino en este país, mientras que en cambio alude a un proyecto fundacional en la isla de Tenerife.

20 Silos y sus filiales fueron de la de Francia o Solesmes, pero recordemos que su misma comunidad inicial vino inmigrada del país vecino. Precisamente al fundarse Silos el nombre de Francia fue cambiado por el de Solesmes, aunque todavía sigue usándose.

de los antiguos monjes montserratinos por él logrados reunir, tanto que el obispo de Vich se vio precisado a reforzarle con su clero diocesano, o sea con capellanes de veras si la expresión se nos permite, y sólo el recurso a monjes castellanos, no todos montserratinos[21], evitó que aquél pasara a los seculares sin más[22].

Mas vayamos con los hechos.

Cuando los monjes se vieron obligados a abandonar Montserrat en 1835 eran 25 de coro, 6 legos, 3 ermitaños y 10 estudiantes. El abad José Blanch entregó la imagen de la Virgen secretamente a un viejo campesino, Pablo Jorba, siendo únicamente ellos dos concocedores del hecho. Sólo uno de los legos, José Campderrós, se quedó en las cercanías del monaterio y siempre ojo avizor a éste, uniéndosele enseguida un monje de coro, Jacinto Boada, y un monaguillo. Entre los tres levantaron cerca del camarín un altarcito donde a diario cantaban la salve ante una imagen sustitutiva. Boada -tenor- enseñó música al monaguillo -soprano- y Campderrós completaba el trío con una bonita voz de bajo.

Así las cosas, se firmó el 20 de julio de 1844 un decreto restaurador del culto en el santuario, encargando de su ejecución al obispo de Barcelona, quien se puso para ello en contacto con el último abad, José Blanch, el cual se encontraba en Palermo, al cuidado de una iglesia que era una antigua dependencia montserratina. Y el 8 de septiembre del mismo año, día de su fiesta, la imagen volvió a su sede, devuelta también a escondidas por un nieto de Jorba. A la fiesta acudieron los monjes que vivían en las inmediaciones, habiendo de dormir en los desvanes, y la parroquia de Esparraguera hubo de prestar los ornamentos. Se quedaron algunos que cantaban a diario la misa y la salve vespertina y recitaban en el coro algunas horas del oficio.

Pero no es la historia de la restauración montserratina lo que nosotros estamos aquí escribiendo, sino la de la primera de sus fundaciones. Por lo cual vamos a saltar, acercándonos ya mucho a ésta, y a guisa de muestra comparativa, a otra precedente y fracasada.

Se trata de la ermita de la Fuensanta, en Huelma, obispado de Jaén. El año 1878, cinco años antes de la nuestra riojana.

Sus cinco ermitaños, que se sabían en extinción, pidieron a su ordinario diocesano la anexión a Montserrat, comprometiéndose a la observancia de esta casa benedictina, y en 1880 el abad Muntadas[23] envió ilusionado allí, acediendo

21 Montserrat pertenecía a la Congregación de Valladolid. Tradicionalmente la mitad de sus monjes eran de la corona de Aragón y la otra mitad de la de Castilla.

22 El 31 de marzo de 1864 escribía a Muntadas su antiguo condiscípulo fary Pedro Rivero: «Hoy día espanta hasta el hábito benedictino a los que no temen ni al mismo Dios. Así es, amigo mío, que no es la época para monjes; pasó, y no dudo que con el tiempo volverá, pero no en nuestros días».

23 Escribió éste: «Aquel santuario podría mantener de quince a veinte monjes y hermanos, y con el tiempo, habiendo confesores en número suficiente y algún monje instruido en la música, po-

a sus deseos en principio, a un monje de coro, Ramón Florenza, con un lego, Benito Gorricho. Pero las meras y al parecer mezquinas dificultades materiales iniciales dieron al traste del todo con la tentativa. Florenza escribió enseguida que los montserratinos nunca se adaptarían a una vida que no era pobreza sino miseria, y al mismo tenor Gorricho[24], horrorizado de no haber tenido cierto día más que un solo huevo para comer! De suerte que sólo permanecieron desde primeros de año hasta julio. Y sin que sea el momento ni la coyuntura de juzgarlos a esta distancia, uno no puede por menos de detectar en los mismos bastante falta de ejemplaridad en el ascetismo monástico y una innegable crudeza nada evangélica en su manifestación[25].

Pero lo cierto es que de esa manera sería Valvanera la primera fundación lograda fuera de sus lares de ese redivivo Montserrat después tan fecundo *ab oriente et occidente*.

Y como quiera que la vuelta a la vida del benedictinismo hispano todavía fue alcanzada por el cenobio riojano a pesar de su mucha posterioridad al catalán matriz, nos parece oportuno insistir un poco más en sus particularidades, ya que apenas, que sepamos, por esa vía del cotejo con el foráneo ha sido trabajada la materia.

Refiriéndose de pasada a la labor del abad Marcet en pro de la formación de sus monjes montserratinos, escribe Massot Muntaner[26] que aquél «se preocupó de que los jóvenes estudiaran en el extranjero y conocieran monasterios donde pudieran aprender las ideas y las actitudes derivadas de la restauración monástica europea del siglo pasado, con su tono romántico y ligeramente aristocrático, del cual había estado totalmente desprovista la restauración del monacato hispánico, salvo en aquellos monasterios influidos por los benedictinos franceses expulsados de su país».

dría formarse una escolanía. Podría aquello en poco tiempo ser un Montserrat en pequeño». Se dirigía al abad general de la Congregación, Pietro Casaretto, y aun proseguía nada menos: «Lo creo digno de toda la atención de Vuestra Paternidad Reverendísima y que se mire como mi segundo santuario de la gran madre de Dios».

24 «Con respecto a esta santa casa le digo: no es capaz para nosotros bajo ningún concepto, y todo cuanto estemos en ella es perder el tiempo miserablemente, porque nunca la ha habido, y de otras provincias no pueden vivir con estos alimentos tan ruines y viles. Si hubieran venido otros de esa ya estaban muertos tiempo ha». No nos ha parecido de interés reproducir la que Massot llama «ortografía típica» -como el estilo- del lego en cuestión. Se trata sin más de faltas garrafales y vulgares, tal la supresión de la hache en la mayoría de las variantes del verbo haber.

25 A este propósito recordamos algunos comentarios retrospectivos a las penalidades de los monjes franceses en sus primeros tiempos de instalación en el Silos abandonado y que ellos acabaron restaurando. Tales comentarios, desde luego no debidos a los mismos, aparte de comparar en un tono insolente e inexacto la sensibilidad material francesa y la castellana, tampoco brillan por su ejemplaridad religiosa, y de haber respondido a la realidad habrían impedido a Francia ser la tierra prometida de los monjes de Occidente.

26 Libro citado en la nota 17, pp. 104-5.

Afirmación que desde luego es ineludible compartir y nos pone sobre el tapete la tal diferenciación que acabamos de apuntar del parejo fenómeno restaurador a ambos lados de los Pirineos. Allende éstos, la restauración es obra de grandes individualidades[27], salvo en Inglaterra [28], subvencionada a menudo también por personas o familias que a veces son las mismas de los restauradores abades[29] e hija de un sentimiento romántico[30] profundamente inmerso en la mentalidad de la época y que acá apenas aflora de claustros adentro. Todo lo cual concuerda con ese mayor papel que en cambio entre nosotros tuvieron los exclaustrados, más propicios a la recuperación de su anterior costumbre de vida y a la reconquista de su compromiso de fidelidad a la observancia prometida que a los llamamientos inspirados en su estética divinal[31]. Algo menos grandioso

27 Entre nosotros estas puede decirse que pertenecen más bien a una etapa ya posterior a la restauradora. Véase, por ejemplo, J. TARIN-IGLESIAS, *L'abat Marcet. Mig segle de vida montserratina* (Montserrat, 1955). Dice en su carta-prólogo su sucesor Aurelio María Escarré: «Ell, servidor de Déu, de la Voluntat divina, tot ell sobrenatural, senyor eclesiàstic, presideix amb la seva figura nobilíssima i ferma l'actual reconstrucció espiritual de Montserrat en el nostre segle d'incertituds i de contrastos».

28 Caso éste enteramente distinto de cualquier otro. Desde los días de la Reforma, los benedictinos ingleses estaban refugiados en el continente, donde les sorprendió la exclaustración. Pero entonces, paradójicamente, en su patria se había reconquistado la libertad religiosa y monástica, de manera que se pudieron reintegrar sin dificultades a ella. Y a la larga su problema consitió en elegir entre los propios hábitos o dejarse influir por la restauración continental, concretamente entre la dedicación parroquial -«misional» en su terminología de país de diáspora- y la contemplación más propiamente claustral.

29 Véase, a propósito de dos de ellos, Gerard van Caloen, fundador de Zevenkerken o San Andrés de Brujas, y Gaspard Lefèvbre en Brasil, J. JONGMANS, *Autour de la restauration de la Congrégation bénédictine bréslienne. Gaspard Lefèvbre et Parahyba, 1906-1914*, en «Revue bénédictine», 92, (1982), 171-208.

30 Muchos datos en J. LECLERQ, *La renouveau solesmien et le renouveau religieux du XIX siècle*, en «Studia Monastica», 18, (1976), 157-95. El romanticismo visceral de la restauración benedictina de los hermanos Wolter en Alemania, seguidores de Guéranger y creadores de Beuron y su congregación, ha sido destacado así por V.E. FIALA, *Die besondere Ausprägung des benediktinischen Mönchtums in der beuroner Kongregation*, en «Revue bénédictine», 83, (1973), 181-228: «das Gefühlsmässige, das Irrationale, das Pietistische, das Mystische, Visionäre und Ekstatische. Beiden gemeinsam ist auch die Reaktion gegen den Rationalismus der Aufklärung auf philosophischen Gebiet, die Reaktion gegen den Klassizismus und damit gegen die Antike auf künstlerischen Gebiet. Das führte hin zur Wieder entdeckung des christlichen Mittealder».

31 Quizás podríamos comparar un poco esta situación benedictina hispana con la de los cistercienses germanos coetáneos. De éstos se ha escrito que admiraban los logros de sus hermanos benedictinos negros, tales Solesmes, Beuron y Maria Laach, pero «doch war dies im 19. Jahrhundert noch wening ausgeprägt. Hier hat die süddeutsche Herkunft mildernd gewirkt. Das christlich germanische Mittelalter das in Laachund Beuron verherrlicht wurde, hat die Zisterzienser nie in dem Masse bewegt. Nicht der aristokratische Mönchstyp von Beuron oder Laach, nicht die düster-herbe Mönchsgestalt der Ruinenbilder der Romantik waren das Ideal, sondern durchaus der geruhsame und lebensfrohe Stiftsherr des Barock, wenngleich schon der beschränkten Möglichkeiten wegen in einer sozusagen bescheideneren Ausgabe». O sea «eine innere Nähe zum-so möchte man fast sagen neugotisch gezähnten Barockstil». Aunque por acá con más espontaneidad y sencillez.

pero quizás más entrañable. Emanación de un mundo interior que no puede ser más distinto en su génesis del aislado itinerario espiritual de Próspero Guéranger, desde su ingreso en el seminario diocesano «asociado, aunque de lejos, al movimiento de exaltación del romántico católico que arrastraba al clero joven», y según él mismo confesó mucho más tarde, captando para siempre ya a los diez y nueve años por el enamoramiento de la ciencia sagrada y los textos antiguos y preso en un primero pero decisivo atisbo de su tan así solitariamente incubada vocación benedictina: «Yo sentía una curiosidad ardiente de estudiar la ciencia eclesiástica en las fuentes: los hermosos infolios publicados por los padres de la Congregación de San Mauro me hacían la boca agua; y comprendiendo perfectamente que en el clero secular no encontraría el medio de entregarme a aquélla, llegué al deseo de hacerme benedictino», si bien entonces ni siquiera soñara con la empresa de restaurar esa familia religiosa en Francia y estuviera dispuesto a expatriarse a Montecasino. Era la herencia de la ilusión de los tramontados benedictinos mauristas, pero recibida de lejos, a través de los libros y las memorias mediatas. «Volver a encontrar sus mismos pensamientos, sus sentimientos en los textos antiguos, que era toda la poesía de aquéllos», en la feliz expresión de Henri Brémond.

Algo también próximo, en cambio, a la inicial[32] opción benedictina en Alemania de los tres hermanos de Wolter, bastante determinada cuando pertenecían al clero secular de Aquisgrán -y el mayor, Rudolf, futuro abad Mauro, de Beuron, estaba en contacto con los jesuitas de la ciudad y se preguntaba en qué orden debía entrar- por las ideas filosóficas acabadas de dar a luz por el abad Papalettere, de San Pablo Extramuros de Roma, a su vez influidas por las del vienés Anton Günther[33], uno de cuyos círculos, el de Augsburgo, tenía por mentor al abad de San Esteban, Theodor Gangauf.

Y con un entrecruzamiento de las individualidades dichas de los restauradores *stricto sensu* con las de sus benefactores que materialmente les permitieron llevar a cogüelmo y con amplitud sus empresas. Así, en este caso de los Wolter[34], la princesa Catalina Hohenzollern[35] cuando, luego de unos avatares espirituales y congregacionales ya densos[36], conoció en Villa d'Este, la residencia veraniega cerca de Tívoli de su primo el cardenal de curia Gustavo Honhenlohe - Schillingsfürst, al mayor de aquellos, el citado Rudolf.

32 A la larga la influencia concreta dentro del benedictinismo de los Wolter sería integralmente la del mismo Guéranger.

33 Véanse V.E. FIALA, *Ein Jahrhundert Beuroner Geschiche,* en la miscelánea colectiva «Beuron. 1863-1963» (Beuron, 1963), pp. 39-230; y P. WENZEL, *Der Freundeskreis um Anton Günther und die Gründung Beurons* (Essen, 1965).

34 Para Guéranger, algún paralelo en M.J. ROUET DE JOURNEL, *Une russe catholique. La vie de Madame Swetchine. 1782-1857* (París, 1953).

35 Hija del príncipe Carlos-Alberto III de Hohenlohe-Waldenburg y de Leopoldina zu Fürstenberg; viuda dos veces, del conde Erwin von Ingelheim y del príncipe Carlos von Hohenzollern-Sigmaringen, cuñado de Napoleón.

Claro estaba que en España tampoco faltaron apoyos de altos vuelos a los benedictinos. Y ahí está el mismo supuesto de Montserrat, tan notorio que huelga ejemplificarle con detalles, si bien en su caso contó mucho más la dimensión devocional y sobre todo patronal mariana que la estrictamente monástica. Pero es curioso notar cómo el concretamente palatino jugó sobre todo en Silos, o sea en la fundación francesa cortada en consecuencia por el mismo patrón ultrapirenaico que aquende estamos echando de menos. Ahí está la carta escrita en París por la ex - reina Isabel II a su hijo Alfonso XII el 9 de junio de 1880[37] recomendándole a don Ildefonso Guépin para que su gobierno «le diera» un monasterio: «Ya sabes, hijo de mi corazón, que los benedictinos son de los frailes de más saber y, además, tú sabes mi devoción por su fundador San Benito. Vosotros, desde que nacísteis, lleváis la medalla del Santo Patriarca, y habéis leído la Regla del fundador de sus conventos». Y después las óptimas relaciones del dicho abad francés con la Reina Regente llegaron a ser motivo de sospecha un poco escandalizada para algunos curas carlistas de la comarca monasterial![38].

Mas lo cierto es que acá nos quedábamos un tanto en tramontanía de aquellas apoteosis europeas del genuino benedictinismo redivivo e inmerso en el romanticismo de los tiempos. Lo cual nos explica muy bien el tono de esta carta de fray Pedro Rivero al abad Muntadas el 5 de diciembre de 1878: «Tú ya habrás visto en *El Siglo Futuro* del 14 de noviembre un comunicado del periódico *La voce della veritá* sobre la nueva abadía benedictina de Maredsous, en Bélgica, que me ha llenado de gozo esperando se haga en Covadonga otra función *(sic)* análoga a la de Maredsous, aunque no es de esperar concurran en Covadonga tantos hombres ilustres por su dignidad, ciencia y jerarquía como allí asistieron a la extraordinaria función religiosa».

Pero ya es hora de volver a nuestro monasterio riojano sin más.

Valvanera durante la exclaustración

El año 1636 salía de los tórculos florentinos de Pietro Nesti un libro hagiográfico titulado *Vita e miracoli del glorioso principe San Fiacrio figliuolo di Eugenio IV re di Scozia, eremita dell'ordine di San Benedetto,* escrito por el agustino Giovanni Comes. ¿Hay algo de contradictorio ya en ese mismo título? A simple vista parece que sí, ya que San Benito, si bien distingue entre los mon-

36 Novicia de las Damas del Sagrado Corazón en Alsacia, e *in articulo mortis* profesa franciscana en San Ambrosio de Roma, que hubo de dejar por falta de salud, pero conservando las ilusiones fundacionales de ambas familias religiosas: de la primera en Inzigkofen, junto a Sigmaringen; sobre la franciscana consultó a su hijastra Estefanía, casada con Pedro V de Portugal.

37 Texto de T. MORAL, *Un monje francés en viaje por los monasterios castellanos en 1880,* en «Yermo», 9, (1971), 121-37.

38 Al fin y al cabo más difícil es encontrar entre nosotros un paralelo a la estampa del solesmense Juan Bautista Pitra, pongamos por caso! Véase, A. BATTANDIER, *Le cardinal Jean Baptiste Pitra, évéque de Porto, bibliothécaire de la Sainte Eglise* (París, 1893); y F. CABROL, *Histoire du cardinal Pitra* (París, 1893).

jes auténticos dos clases, los ermitaños y los cenobitas, inmediatamente nos precisa que él legisla sólo para los segundos, *ad coenobitarum fortissimum genus*[39]. Pero la realidad del benedictinismo andando los tiempos, desde luego no reñida con el tan flexible marco de la misma Regla, compatibilizó un tanto, a la vera de sus comunidades monasteriales, ambas especies de consagración monacal[40]. De manera que el biógrafo de nuestro santo no estaba tan descabellado al glosar como si tal cosa en uno de sus capítulos[41] cómo había profesado Fiacrio la dicha Regla del «glorioso patriarca»[42].

Y efectivamente, los casos de cenobios benedictinos que en sus inmediaciones y bajo su tutela toleraron la vida eremítica de algunos de sus monjes o de otros anacoretas de cierta manera vinculados a ellos, han sido de curso común. A veces de tan constante y tan institucionalizada tradición como el de Montserrat, incluso en el plano inconográfico toda una categoría *ad hoc* y de pleno derecho de los moradores de la casa *lato sensu* y la Santa Montaña[43].

Y conste que es de la genuina existencia eremítica de la que estamos tratando, no de ésa genial simbiosis de la misma con la cenobítica que es la *ratio essendi* de la vida y la orden cartujanas[44], tan felizmente lograda que por eso mismo los cartujos nunca admitieron anacoretas a su amparo[45]. Simbiosis pareja a la de los camaldulenses[46], si bien éstos sí previeron los reclusos en su seno[47].

39 *Regula Benedicti*, I, 1-3 y 13.

40 J. LECLERCQ, *L'érémitisme en Occident jusqu'á l'an mil*, en «L'eremitismo in Occidente nei secoli XI e XII» (= II Semana de Mendola, 1962; Milán, 1965), pp. 27-44; él mismo, *Sur le statut des ermites monastiques. I. Les données de l'histoire*, en «Supplément de la Vie Spirituelle», núm. 58, (1961), 384-94; él mismo, *Pierre le Vénérable* (St. Wandrille, 1946), pp. 91-4; él mismo, *Pierre le Vénérable et l'érémitisme clunisien*, en «Patrus Venerabilis» (Studia Anselmiana, 40; Roma, 1956), pp. 99-120; él mismo, *Deux vocations érémitiques dans l'entourage de S. Boniface*, en «Studia Monastica», 4, (1963), 197-208; J. de TREVILLERS, *Sequania monastica* (Vesoul, 1955) p. 101.

41 12 del libro II, pp. 142-7.

42 Para los datos verdaderamente históricos y la bibliografía sobre el santo, BENEDICTINS DE PARIS, *Vies des saints et des bienhereux*, VII (París, 1949), pp. 598-9; y *Acta Sanctorum*, 30 de agosto (= VI, pp. 598-620).

43 A.M.ALBAREDA, *História de Montserrat* (5ª ed., revisada por J. Massot; Montserrat, 1972), pp. 183-96; B.DALMAU, *Les relations entre les moines et les ermites de Montserrat de 1300 á 1510*, en «Studia Monastica», 14, (1972), 125-52; C. BARAUT, *Iconografía de las ermitas y de los ermitaños de Montserrat*, en «España eremítica» (Pamplona, 1970), pp. 211-26, 35 láms; G.M. COLOMBAS, *La «Santa Montaña de Montserrat»*, íbid., pp. 165-210.

44 Véase B. BLIGNY, *L'érémitisme et les chartreux*, en «L'eremitismo» citado en la nota 40, pp. 248-70.

45 No faltan, por supuesto, casos límite, como el tan conocido de Inés de Moncada, disfrazada toda su vida de hombre y penitente junto a la cartuja valenciana de Portaceli.

46 G. TABACO, *Romualdo di Ravenna e gli inizi dell'eremitismo camaldolese*, en «L'eremitismo» citado en la nota 40, pp. 73-121.

47 G. CACCIAMANI, *La reclusione presso l'ordine camaldolese* (Camaldoli, 1960).

Pero no vamos a seguir divagando, y nos contentaremos con citar, ya fuera de la familia benedictina, el caso de los «desiertos» del Carmen, comunidades de ermitaños, en definitiva también de eremitas - cenobitas y con posibilidades de recluirse como en la Camáldula, que han sido de siempre una de las particularidades y glorias, a guisa de «nostalgia gozosa» de los legendarios orígenes solitarios de la orden carmelitana[48].

Ahora bien, los ermitaños que auténticamente son merecedores de la catalogación monástica, los solitarios dominados por la dimensión espiritual de la motivación y dedicación contemplativas de su retiro, no monopolizan el significado de la palabra. Pues además de ellos, se dan los meros custodios de ermitas, «santeros» en nuestro más jugoso lenguaje.

Lo cual no obsta para que a veces se simultanéen los dos menesteres, aparte otras especies intermedias o divergentes, por cierto que de mucha tradición literaria, que no pueden ocuparnos aquí.

Y esa simultaneidad parece haber sido poseída por el precursor en Valvanera de la reintegrada comunidad benedictina, el hermano Tiburcio Lanas, para Alejandro Núñez Alonso[49], «genuino vástago de esa generación de santeros que dejaron por los pueblos una estela de admiración, de penitencia y poesía imborrables».

Su itinerario biográfico no es nada común. Nació en el pueblo navarro de Cascante en 1850, de niño ingresó para lego en los agustinos de Monteagudo de donde fue despedido con todos los demás postulantes a ese estado a raíz de una visita del provincial, se casó y enviudó poco después de nacerle su único hijo, se marchó secretamente de su casa encomendado dicho hijo a su madre[50], estuvo una temporada en la Trapa francesa de Diviel - Dax, y comenzó retornado a España un divagar anacorético riojano por las ermitas de Alfaro, Alesanco, Baños de Río Tobío y Nuestra Señora del Tajo en Camprovín, si bien estaba

48 Véanse FELILPE DE LA VIRGEN DEL CARMEN, *La soledad fecunda. Santos desiertos de carmelitas descalzos* (Madrid, 1961); y FRANCISCO DEL NIÑO JESUS, *El Desierto del Carmen Descalzo,* en «Revista de espiritutalidad», 13, (1954), 347-63 y 431-59; pp. 15-28 del primero de estos libros, sobre «la génesis y motivación» de estos desiertos. Ni que decir tiene que la cuestión de los enfrentamientos entre monjes y ermitaños carece aquí de cualquier interés para nosotros. A propósito de él (disputas por la concurrencia en la mendicidad y la posesión de ermitas). J. de SAINSAULIEU, *Les ermites français* (París, 1974), pp. 143-5. Menos todavía tenemos huelgo para abordar el tema de mayor o menor énfasis en la vida comunitaria en detrimento o a la inversa del esencial elemento monástico de la soledad que oscila de unas reglas a otras. Así en la España visigoda, es muy acusada en ese sentido la diferencia entre las de Isidoro y Fructuoso. Véase sobre ello nuestro artículo, *En torno a la «Regula Monachorum» y a sus relaciones con otras reglas monásticas,* en «Bracara Augusta», 21, (1967), 122-63,

49 Libro citado en la nota 10, p. 324.

50 Sin más impedimenta que una manta, unas alforjas y la camisa de repuesto; cerrando la puerta por fuera y echando la llave por la gatera.

obsesionado por el mandato que aseguraba le había intimado de muy joven la Virgen de quedarse «en un santo lugar donde hubiera una fuente».

Al fin se encariñó con San Millán de Suso, donde sí se daba esa circunstancia, y por eso permaneció allí contra viento y marea el tiempo suficiente para llegar a ser concocido en la comarca como «el penitente de Suso» sin más. Contra el viento y la marea de la conminación del obispo de Calahorra Gabino Catalina, quien no se fio de la rectitud de sus intenciones cuando se las expuso un día de invierno de 1879, sino que lejos de ello trató de convencerle de que dejara el lugar por medio del agustino de la confianza de ambos Enrique Pérez. Se produjeron algunos incidentes tan sonados como su detención por la policía de Logroño, saliendo de los sótanos del Gobierno Civil gracias a la intervención del rector del seminario, parte del clero de los contornos estaba a su favor, al fin transigió el prelado con su premanencia, y en San Millán de Yuso, ya entonces ocupado por los agustinos recoletos, oyó el sermón del rector Toribio Minguella de la Merced, luego obispo de Puerto Rico y Sigüenza e historiador de Valvanera, llamando a la Rioja a la restauración de este santuario.

Así las cosas, no enterado todavía de que junto al mismo, y cabalgamente en el paraje de la aparición mariana, manaba la Fuente Santa[51], en mayo de 1880 dejó Suso y pidió permiso al párroco de Anguiano, Máximo de Cura, pueblo inmediato al santuario dicho, para vivir en la ermita de la Magdalena, negándosele aquél, pero proponiéndole en cambio quedarse en Valvaner misma, lo que Tiburcio aceptó, estableciéndose allí el 15 de junio de 1880, logrando imperativamente que unos pastores que en el lugar guardaban sus ovejas se le dejaran libre y emprendiendo sin tardanza su solitaria empresa de la restauración material azadón en ristre. Mientras que sólo al cabo de un mes, el 16 de julio, se constituía con aprobación episcopal y estimulada por la perseverante peregrinación anual del pueblo de Badarán una Junta de Restauración, que consiguió se inagurara el culto en la reedificada ermita del Cristo el 14 de septiembre, con un sermón del magistral de la Colegiata de Logroño y luego obispo de Osma, José María García Escudero, siendo al aniversario justo el orador el padre Minguella, pero ya dentro de la iglesia gótica, y habiendo pasado la cifra de los asistentes en el intervalo de dos mil a cinco mil.

Pero dentro de nuestros propósitos determinantes de esta aportación, tipificadora de la restauración monástica de Valvanera en el marco de la benedictina

51 «Roble, panal, fuente y roca, -en prenda de confusión- para pedirte perdón -en tu pie pongo mi boca», que cantó su historiador del seiscientos, el general de la Congregación de Valladolid y luego obispo de Guadix y Astorga, Diego de Silva y Pacheco, al añadir a su historia (véase la nota 10) de la casa el *Poema a la imagen de Valvanera que fabricó San Lucas y consagró San Pedro y a su traslación por las manos de San Hierotheo divino y Onésimo y Santa Polixena y Sarra y al hallazgo de Nuño, primero ladrón y después anacoreta, y a la venida de San Athanasio a este santuario.* Mientras el vigente canto de los romeros reza: «Virgen que en el roble estáis -con panal y fuente pura- firmeza, gracia y frescura- en Valvanera nos dais».

decimonónica, es muy interesante hacer constar de la presidencia de la Junta a que acabamos de aludir la ostentaba un exclaustrado, Antonio Osorio Prado, profeso de Lorenzana y entonces párroco - arcipreste de Estollo.

Valvanera primera fundación del nuevo Montserrat

Dicha circunstancia no podía por menos de animar y decidir el entronque con la tradición benedictina de aquellos propósitos devocionales del país.

Y de ahí se dirigieran al abad de Montserrat, Miguel Muntadas, pidiéndole el envío de una comunidad de sus monjes que se hiciera cargo del santuario. El abad general de Subiaco, Nicola Canevello, dio muy complacido su venia «vivamente per veder rifiorire in cotesto Regno il nostro santo ordine», y dejando expresamente la puerta abierta desde entonces para la independencia de la nueva casa, la cual así no quedaba condicionada a su permanente sumisión a Montserrat, «poiché qualora il Signore benedicesse l'opera, e a coll'andare degl'anni vi si stabiliscesse una conveniente Communitá, sarebbe opportuno che si erigesse in monastero independente da essere con Monserrato parte della Provincia spagnuola».

De manera que el 29 de octubre de 1883, llegaban a Valvanera los montserratinos, siendo su superior un exclaustrado de Valvanera misma, Francisco Sobrón, natural de Santo Domingo de la Calzada, que allí había profesado en 1826 y luego fue organista en su pueblo natal hasta incorporarse a Montserrat cuando éste retornó a la destinación monástica.

Le acompañaban otros dos monjes de coro, uno de ellos también exclaustrado del monasterio austuriano de Corias, el burgalés Simeón Moreno, y el catalán Ramón Florensa, ya profeso del nuevo Montserrat; además de dos legos, Nicolás Sesma, de esta misma comunidad, y Martín Saralegui. Pronto se les añadieron otros dos exclaustrados del monasterio gallego de Lorenzana, riojanos ambos, uno el ya citado Antonio Osorio Prado, de Estollo; el otro de Berceo, Juan Lerena. Y un catalán más, de Sabadell, Mauro Planas, profeso de Montserrat, que vino directamente de Subiaco donde había estudiado, y supo dar el impulso decisivo a las tareas de la restauración material en curso, consiguiendo además la devolución al santuario de la imagen de la Virgen por el pueblo de Brieva.

Del heroísmo de dicha empresa nos da bastante idea la confesión del abad José Deás, sucesor de Muntadas, al manifestar terminantemente en su primera visita a Valvanera: «Nunca hubiéramos permitido venir a los monjes si nos hubiésemos enterado antes de las malas condiciones en que habían de vivir».

El 4 de marzo de 1980 moría Francisco Sobrón a los ochenta y dos años y le sucedía como superior Antonio Osorio Prado, que a su vez difunto sólo tres años después era sucedido por el montserratino Ramón Fábrega, ya como prior del monasterio, que fue elevado a abadía por el Capítulo General de Subiaco en

1900, aunque no tuvo abad hasta 1914, Agustín Urcey, quien renunció en 1928[52].

Y mientras tanto, el hermano Tiburcio había seguido la senda en su caso natural de convertirse en un eremita vinculado espiritual, ya que no jurídicamente, a la nueva comunidad benedictina. Dejamos el detalle de los avatares de su tan sencilla como densa biografía al historiador del benedictinismo español de nuestros tiempos don Ernesto Zaragoza Pascual. Así su encargo a Vitoria, donde fue construido en 1898, del retablo de la Virgen, asentada ésta como trono en una imitación del roble donde fue encontrada.

Murió en su pueblo natal el 14 de diciembre de 1926, con el hábito benedictino aunque canónicamente no era monje, pero habiendo dejado abierto en la roca viva un sepulcro con una cruz de madera donde aspiraba a ser enterrado, bajo el peñón del Santo Cristo.

Ello no pudo hacer, por la oposición de su hijo, hasta 1959[53], y entonces se siguió a la inversa el mismo itinerario que él en 1880 al aposentarse en el lugar, y con toda pompa litúrgica y entusiasmo popular, desde el mismo Cascante y en las etapas intermedias y sosegadas de Logroño, San Millán de la Cogolla y Badarán, donde ya fueron los pajes de Valvanera quienes entonaron el *Libera me, Domine.*

Y llegados a la meta de este leve *excursus,* sólo nos queda proponer unas mínimas reflexiones.

Ante todo, la restauración de Valvanera es una muestra típica de la restauración benedictina española del Ochocientos. Obra de exclaustrados, tardía y por ello mismo más ejemplar, y ligados aquéllos al lugar de la restauración misma concreta. Con un apoyo también arraigado en el país, un tanto popular en consecuencia[54], y muy ajeno a los auspicios aristocráticos de muchas parejas empresas allende los Pirineos. Fruto también espontáneo de la fidelidad a un pasado que en su día se profesó como irrevocable y de la permanencia en la tierra misma, antes que inspiración de un sentimiento romántico de alto cultivo.

Tanto que a la luz de su ejemplo uno está tentado de preguntarse el por qué de las tales diferencias.

Y aquí, si se nos permite, una confesión personal.

Nosotros hemos estudiado con cierto detalle los orígenes benedictinos his-

52 Véanse algunos detalles en L. SECO, *Los benedictos españoles en el siglo XX* (Burgos, 1931), pp. 231-7.

53 En la etapa que Alejandro Núñez Alonso llama de la segunda restauración del santuario (libro citado en la nota 10, p. 340).

54 Incluso para el asentamiento en Silos de la comunidad francesa de dom Guépin contó mucho la buena acogida de la vecindad local y comarcal.

panos[55], la tardía adopción de la Regla de San Benito por los monasterios de nuestra Península, vivientes de una observancia no muy conscientemente arcaizante dentro de un contexto diferenciado por la pugnacidad reconquistadora y las exigencias de la repoblación en una primera etapa un tanto protagonizadora por los mismo monjes.

Aquel monacato estaba sobre todo constituido por una muchedumbre de cenobios pequeños, inestables, ligados a la tierra, pobres y a la fuerza muchas veces semieremíticos. Cuando ya allende los confines se desenvolvían los lujos espirituales -y también los señoriales- las grandes abadías del continente y de las islas.

Y uno, aunque parezca ceder al espejismo de una fantasía sin consistencia, siente la sugerencia de meditar en torno a si un lejano eco de aquella situación ya tan tramontada no será esta tan reciente diferenciación en la empresa restauradora. Que resultan increíbles la intensidad y la permanencia de ciertas mentalidades y conductas de puertas adentro de las clausuras a lo largo de los siglos.

En todo caso, nosotros, al hacer la historia de algunos hombres y casas benedictinos del siglo pasado y aun del actual, no tenemos la sensación de estarnos desviando de nuestros estudios iniciales de su Alto Medievo.

55 *Los orígenes del monacato benedictino en la Península Ibérica* (León, 1973).